

“Me parece de excepcional importancia para inyectar, por fin, claridad en la estructura de la vida humana esta contraposición entre pensar en una cosa y contar con ella. El intelectualismo que ha tiranizado, casi sin interrupción, el paso entero de la filosofía—a ha impedido que se nos haga patente y hasta ha invertido el valor respectivo de ambos términos”.

José Ortega y Gasset: “Ideas y creencias”

- **COMPRENSIÓN DEL TEXTO**
- **Formula el tema que plantea el texto y resume las ideas principales.**
- **Explica el significado de los términos o expresiones subrayados.**
- **CONTEXTUALIZACIÓN**

2.1. La vida humana como centro de la filosofía de Ortega: rasgos y dinámica de la vida humana.

2.2. Crítica de Ortega al racionalismo occidental.

- **COMENTARIO CRÍTICO**

Elabora una breve disertación sobre este tema. Si lo deseas puedes servirme de los siguientes puntos de referencia:

3.1. ¿En qué aspectos de tu vida te dejas guiar por tus creencias y en cuáles por tus ideas?

3.2. Enumera algunas creencias -en sentido orteguiano- de la sociedad actual, y algunas ideas actuales. ¿Cuáles tienen más peso?

1.1.- No es lo mismo pensar en una cosa que contar con ella. Ortega pretende diferenciar claramente, el lugar que ocupa el raciocinio en nuestras vidas (ideas como aquello que pensamos frente a creencias como aquello con lo que contamos). Así, el texto deja claro que ha habido una sobrevaloración de la capacidad intelectual. Pensar es una actividad que hacemos no la identidad que nos constituye. Piensa Ortega que lo peculiar del ser humano es la vida en cuanto respuestas automatizadas y continuas a la necesidad de hacernos cargo de nuestro propio ser. De esta manera, pensar sería lo que haríamos cuando las respuestas adquiridas y irracionales que tenemos se muestran insuficientes. Es decir, ante la crisis de nuestras creencias -que son las que nos guían y funcionan como criterios desde los que decidimos y actuamos- sería cuando pensaríamos para salvar la incertidumbre. Sólo cabe pensar, en el momento que lo dado nos falla y tenemos que generar respuestas por nosotros mismos.

Cuando Ortega habla de que se ha invertido el orden de los términos se refiere a que lo propio del ser humano es vivir, es decir, fáctica y metafácticamente estamos determinados a hacernos cargo de nuestra propia mortalidad. Es necesario que vayamos dando respuestas a los requerimientos de nuestro entorno. En este sentido cabe entender la frase de Ortega yo soy yo y mi circunstancia. Mi circunstancia apela y, a la vez, limita mis respuestas. La vida es dinamismo y apropiación de posibilidades, en esa apropiación es fundamental mi circunstancia, no sólo fácticamente sino también histórica y culturalmente. Cada época histórica induce a tomar unas decisiones al delimitar un conjunto común de creencias. Toda

sociedad da “por hecho” la respuesta a algunas determinadas cuestiones (precisamente en la apropiación prerreflexiva de dichas respuestas es a lo que llamamos socialización del individuo o, más generalmente, educación).

En resumidas cuentas, Ortega en este texto plantea la distinción entre creencias e ideas (u ocurrencias) y valora la necesidad de las primeras como -literalmente- fundamentales. Son las creencias los fundamentos desde los que construimos y planteamos nuestra vida.

1.2.- Vida humana: Con esta expresión, Ortega, pretende subrayar la peculiaridad e importancia de la Vida en su filosofía. La vida es para él la realidad radical, aquello que da sentido a nuestro comportamiento. Es una especie de *connatus*, un intento del ser humano por permanecer en su ser. El concepto de vida, hace al hombre una realidad abierta que necesita satisfacer ese impulso primordial apropiándose de las posibilidades que el contexto le presenta. Hablar de vida no es hablar de conciencia como si esta fuera algo externo al mundo. En la vida confluyen el sujeto y el objeto, es esa tensión que lleva de uno al otro. El concepto de vida hace del ser humano algo “en” el contexto no algo abstracto. Vida, por tanto, como tarea, como quehacer. El resto de capacidades humanas, el autor las hará depender de esta primera necesidad.

Pensar en una cosa: En este texto de “Ideas y creencias” Ortega pretende distinguir este pensar en una cosa del posterior contar con ella. Lo propio del pensamiento, de la reflexión será este pensar en una cosa. Esto equivaldrá a una acción lágica, consciente y -en cierto modo- voluntaria. Bien, estaríamos colocados en el plano de las ideas u ocurrencias como aquello que puntualmente me ocurre. Es, a su vez, una actividad pero, ¿Qué sentido tiene? Las ideas vendrán a subsanar la herida abierta por la crisis de las creencias. El pensamiento no es algo que ocurra muy a menudo. Mientras las respuestas que tenemos para vivir y orientar nuestra vida son válidas (no causan una duda o se muestran ineficaces) no pensamos. Es cuando se da la duda, entendida como momento de incertidumbre que me supera y genera una inquietud, cuando es necesario alcanzar un pensamiento, una teoría, una opinión que permitan retomar mi vida.

Contar con ella: Ahora, sin embargo, nos colocaremos al nivel de las creencias. Las creencias no se tienen se están en ellas. Es decir, uno no puede elegir en qué creer y en qué no. Nos vienen dadas. Las creencias son preracionales y en cierto sentido prefiguran mi racionalidad. Son aquello que yo doy por demostrado, son las pequeñas evidencias que guían mi vida. Son respuestas que tengo, en las que estoy, respuestas que soy. Por poner un ejemplo, en el proceso de apropiación de valores, no hay un acto consciente, sino una interiorización que me permite convivir. Pues bien, serán esos valores que funcionan a modo de axioma los que constituyan cualquier juicio moral posterior. Eso no quiere decir que las creencias sean inamovibles, sino que hasta que no nos acarreen problemas, no son conflictivas o ninguna circunstancia vital las pone en duda ni siquiera nos las planteamos. Pero una vez que se colocan frente a nuestros ojos dejan de ser creencias y tendremos que pensar en ellas (ya no desde ellas) sólo pudiendo retornar a nosotros en forma de ideas. Igualmente, la transmisión de lo que un día fueron ideas puede hacer que mediante la educación, socialización o su adopción por la tradición se conviertan en creencias.

2.1.- Como adelantábamos antes la Vida para Ortega es realidad radical. La vida es la esencia dinámica del ser humano. Vivir es estar volcado hacia el mundo dado que no es solipsistamente sostenible. Yo no soy una conciencia cerrada ajena al mundo y que es capaz de alcanzar la verdad en mi pura reflexión. No. Lo propio del ser humano es que no se basta por sí mismo para sobrevivir y vive volcado sobre el mundo que ya no es algo separado sino una circunstancia, el lugar de mi realización. En palabras de Heidegger podemos decir que el ser humano vive arrojado al mundo y su verdadera tarea es salvar su circunstancia. Ya no hay un sujeto (conciencia) primero que posteriormente se relaciona con el objeto (mundo). La vida es el estar el uno en el otro el hacerlo propio el hacerse en la circunstancia.

Ortega, por tanto no niega la razón y la reflexión. Estas aparecen en el momento de la crisis. Cuando la vida ve rota bruscamente su dinámica es necesario detenerse. El suelo que forman nuestras creencias y hábitos puede venirse abajo y será entonces cuando deba reconstituirse. Ahora bien, ese salvar la

situación ya no puede hacerse recurriendo a lo dado porque es, precisamente, el hundimiento de esto lo que ha generado el problema. En ese mismo momento, de incertidumbre y de duda es cuando aparece la reflexión. Esta ya no es, en consecuencia, algo que se pueda dar a voluntad y es más un medio que un camino. Ciertamente que la reflexión, la razón nos proporciona respuestas y criterios; pero viene a tapar los huecos que han dejado las creencias en las que “estábamos”.

Entendámoslo, con esto Ortega no pretende decir que la vida sea irracional (frente a un Nietzsche, por ejemplo), sino que el centro de la vida no es la racionalidad. Evidentemente, la razón es una peculiaridad de la vida pero ésta es algo mucho mayor y más fundamental, la racionalidad se da como momento de la vida. Es por ello que la razón vital de la que habla Ortega no sea una razón abstracta y desconectada de la realidad. La razón está enraizada en una circunstancia. No es sólo un yo, sino un yo y un dónde. Ese momento de ensimismamiento podrá dar soluciones a problemas de todo tipo (ciencia, filosofía, religión, arte...) pero el problema fundamental es el de la vida, el de seguir con vida.

También debe comprenderse en amplitud ese momento del ensimismamiento del que Ortega habla. Es necesario comprender que no es exclusivamente algo ligado a la racionalidad frente a las corrientes racionalistas. La vida se compone de fantasía, imaginación, creatividad. Ortega pretende deshacerse de una concepción de la vida que se desentienda de la emotividad y la fantasía. De este modo, tal vez el modelo no sea el científico sino el inventivo. El ser humano puede dar respuestas a su situación desde diferentes dimensiones siendo la racional y la filosófica sólo algunas de ellas. El ensimismamiento busca devolver el sentido, la dirección y guía a la vida para lo que puede ser tan útil la religión o la literatura.

En resumidas cuentas, Ortega hace del concepto de “vida” que proviene de Spinoza y Nietzsche (al menos) su piedra angular. La peculiaridad del ser humano es que tiene que hacerse cargo de su vida que es una demanda constante de respuestas a cada situación o circunstancia concreta.

2.2.- Ortega vive en una época histórica que está marcada por grandes conflictos. Poco después de que publique este texto estallará la guerra en España y más tarde proclamará la superioridad de la raza aria. Europa se acerca por tanto al colapso, pero la cuestión es: ¿Por qué?

El racionalismo filosófico tuvo diferentes expresiones culturales: la confianza ilustrada en el progreso humano, la fe ciega en los avances científico-técnicos, la creencia de que habrá una relación directa entre cultura y perfeccionamiento humano. Pues bien, dada la situación de Europa parece que la razón no es la respuesta a la mayoría de interrogantes humanos. Esa razón lágica, universal, abstracta ha dejado de lado al ser humano de carne y hueso. No responde a sus deseos, a sus anhelos, a sus sueños y miedos. De ahí que en el plano intelectual empiece a cuestionarse el mismo concepto de razón.

Desde Descartes (a quien puede tomarse como padre del racionalismo moderno) la razón ha ido vaciándose de contenidos. El ser humano, su identidad se ha reducido a la capacidad de razonar. Esta razón además pretende erigirse, con el idealismo, en el centro explicativo del universo sin atender a las necesidades de éste que pueda tener. Esa razón que todos compartimos en cuanto capacidad será en lo que tendremos que ahondar para progresar en todos los órdenes de la vida.

Pero para Ortega esto es insuficiente. Él defiende el perspectivismo. Al poner el concepto de razón en función del de vida el autor español subraya la imposibilidad de abstracción total. La circunstancia (histórico-cultural) delimita el marco de mi racionalidad. Es imposible que yo me coloque en un no-lugar, en un no-punto de vista. Esto será más tarde recogido por todas las corrientes que han denunciado un cierto etnocentrismo en la defensa a ultranza de la racionalidad europea. El único que podrá salvar su perspectiva será Dios que podrá tener todas a la vez. Pero la cuestión de Dios escapa al discurso filosófico de Ortega. Así, esto no significa que él defiende la imposibilidad de la objetividad sino la estructura polidámica de la realidad que permite ser mirada objetivamente desde distintas perspectivas a la vez.

Si los cambios y progresos no están a la altura de lo que se esperaba es porque los intelectuales modernos han apelado a la razón. Y lo cierto es que la razón y el pensamiento no son la esencia del ser humano sino la vida como llevamos insistiendo. Uno puede vivir sin pensar (aunque tenga una vida inauténtica en términos de Heidegger) pero para pensar necesita vivir, y para vivir necesita hacerse cargo de su circunstancia. Pero, es que, cerremos el círculo, la circunstancia es individual e intransferible y, en consecuencia, individualiza el punto de vista de cada persona.

Como hemos venido repitiendo, esto no significa que la razón no tenga sentido sino que radicalidad es la de la vida. Lo que ha hecho el proyecto moderno es abstraer una capacidad del ser humano privilegiándola, por ejemplo, frente a la fantasía. Esto a su vez, pone en solfa las ideas abstractas, eternas e inmutables que son aspiración de la razón que serían un producto cultural e histórico, eso sí, al servicio de la vida.

En resumidas cuentas, en esta fase de su reflexión, Ortega intenta mediar entre el vitalismo irracionalista (Bergson por ejemplo) y el racionalismo abstracto (Descartes) haciendo un análisis casi fenomenológico (Husserl y Heidegger) en vez de construyendo abstractamente el concepto de vida.

3.1.- La cuestión de las ideas y las creencias es rica pero compleja. Si uno fuera realmente consciente de cuáles son sus creencias éstas dejarían de serlo. En el momento en el que uno se cuestiona por la fuente de una idea (en sentido general, no orteguiano) aparece la cuestión de la legitimidad. Quiero decir que plantearse si una opinión se tiene o se está en ella es ya, al mismo tiempo, preguntarse si es necesaria u oportuna.

Así parece evidente que, a medida que va pasando el tiempo, al acumular frustraciones, un joven va viendo caer el mundo claro en que vivía de niño. Como dice Ortega aparecen las dudas y uno siente la incertidumbre que provoca tener que replantearse (o, propiamente, plantearse) las prioridades y los proyectos. Parece que la vida reserva a todos una cierta dosis de palos como para que haya cuestiones en las que cada uno se forme sus propias ideas. La amistad, el amor, la vocación, la familia...son ideas que todo el mundo pone frente a sí. Y básicamente, en eso consiste la tarea que denominamos madurar.

De todos modos, la mayoría de los jóvenes hay preguntas que nunca llegamos a hacernos. Nuestros valores, que al final son los que guían nuestros actos, los recibimos a edad temprana y apenas los revisamos. Recibimos y transmitimos tópicos, slogans que nos suenan evidentes sin tan siquiera haberlos cuestionado una vez. Tenemos respuestas prefabricadas que ocultan una total deserción del pensamiento.

En materia política, esto se torna aún más grave. La ideología del posibilismo nos niega la posibilidad siquiera de soñar en un mundo mejor. Nos vemos sepultados por discursos cerrados que adoptamos en función de la familia política a la que pertenezcamos. Cerramos las puertas a cualquier diálogo posible acerca de la convivencia para evitar la decepción de no comprendernos. La cerrazón de la clase gobernante tiene su reflejo en jóvenes que no tienen dudas políticas, por lo que renuncian siquiera a contrastarlas. Tal vez sea por eso que decimos que uno es de derechas o de izquierdas, como si eso le constituyera en lugar de ser un opción reflexiva que ha tomado.

Mucho podrá llegar a decirse de las creencias porque vivimos en sociedades que se nos ofertan respuestas mucho antes de que hayamos encontrado las preguntas. Así, merece la pena detenerse en dos aspectos más: la religión y la ciencia. La primera como forma de dar sentido a la vida que paulatinamente también renuncia a dar razones, o crees o no. Tampoco cabe discutir de religión. La segunda, estática fe moderna que nos hace pensar que el progreso científico-concreto conduce a algo más que la acumulación de cachivaches.

Es posible que la total ausencia de diálogo, de reflexiones compartidas, de contraste de opiniones sea la verdadera constatación del poco lugar que reservamos hoy día al pensamiento. Pero lo más triste es que, poco a poco, también se desliza y asienta la creencia de que pensar es algo malo que nos hace infelices. Y,

aunque no quiero quitar un ápice de razón a Ortega, ¿si esas creencias favorecen a alguien y son la forma de ocultarnos que no tenemos motivos para ser felices?